

EL GUERRERO ÁGUILA Y LA FORJA DEL PEREGRINO —LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO EN MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS—

THE EAGLE WARRIOR AND THE PILGRIM'S FORGE
—FOUNDATIONS OF PHILOSOPHICAL THOUGHT IN
MEXICO AND THE UNITED STATES—

Luis Alfonso Gómez Arciniega
Ruprecht-Karls Universität Heidelberg
alfonso.arciniega@alumni.uni-heidelberg.de

Recibido 19 de septiembre de 2014.
Aceptado 5 de enero de 2015.

Resumen: El ensayo pretende estructurar los orígenes sociopolíticos que sentaron las bases de la filosofía política en México y Estados Unidos para descifrar las claves de la relación bilateral desde una nueva perspectiva. La disección está organizada en siete grandes apartados: los mitos fundacionales, la historia, la religión, los determinantes geográficos, el pragmatismo y el utilitarismo, los modelos de integración social y las posiciones frente al resto de América Latina. Además de una exploración sobre las directrices filosóficas, se trata de la radiografía de dos concepciones del mundo disímiles y, no en pocas ocasiones, contrapuestas.

Palabras clave: Relación bilateral México-Estados Unidos, mitos fundacionales, pragmatismo estadounidense, utilitarismo, hispanoamericanismo.

Abstract: In order to decode the bilateral relationship, this essay aims to explore the sociopolitical roots that laid the foundations of the political philosophy in Mexico and the United States. Accordingly, this dissection has been organized in five sections: founding myths, history, religion, geographical determinants, models of social integration and positions towards Latin America. In addition to the exploration of the philosophical guidelines, an in-depth analysis from two dissimilar —and sometimes rather conflicting— world conceptions is intended.

Key words: Mexico-USA Relations, Founding myths, American Pragmatism, Utilitarianism, Spanish-Americanism.

EL GUERRERO ÁGUILA Y LA FORJA DEL PEREGRINO —LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO EN MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS—

THE EAGLE WARRIOR AND THE PILGRIM'S FORGE —FOUNDATIONS OF PHILOSOPHICAL THOUGHT IN MEXICO AND THE UNITED STATES—

¡Idealistas que os empeñáis en la salvación de la república, volved los ojos al suelo de México, a los recursos de México, a los hombres de México, a nuestras costumbres y nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos en verdad! Sólo así nos conduciréis a un estado mejor y nos redimiréis de nuestro infortunio.

—Antonio Caso

En una época, los norteamericanos estaban diseminados por toda Europa; aquí se han incorporado a uno de los sistemas más excelsos de población que jamás haya aparecido, y que de ahora en adelante se distinguirá por el poder de los diferentes climas que habitan. Por lo tanto, el norteamericano deberá amar a este país mucho más que a aquél en que nacieran él o sus antecesores. Aquí las recompensas de su industria siguen con pasos iguales al progreso de su trabajo; su trabajo se fundamenta en la base de la naturaleza, el interés propio. ¿Puede existir mayor atracción? [...] El norteamericano es un hombre nuevo que actúa sobre nuevos principios; por lo tanto, debe abrigar nuevas ideas y formarse nuevas opiniones. De la ociosidad involuntaria, la dependencia servil, la penuria y el trabajo inútil, ha pasado a desempeñar tareas de naturaleza muy distinta, recompensadas con amplias subsistencia: éste es un norteamericano.

—Michel-Guillaume-Jean de Crèvecoeur

WASHINGTON CRUZANDO EL DELAWARE

El Museo Metropolitano de Arte de Nueva York resguarda un lienzo de Emmanuel Leutze que esmerila la travesía del general Washington cruzando el Delaware. Que se trate de un episodio a mares secundario de la Guerra de Independencia no es óbice para que, pincel y brocha en mano, el artista, presto para obsequiar mitos fundacionales a una nación urgida de ellos, se embriague con idealizaciones. Bajo cielo lúgubre, asomando entre poliedros

de hielo, escoltado por tentáculos humanos y comandando una legión de barcasas, Washington —toda leyenda, todo mito— se abre paso con la Old Glory en versión anacrónica —se trata del lábaro con las barras y las estrellas; no la Great Union Flag como correspondería— iluminada por los tórridos soles de la historia. Será la misma bandera que, siglos después, alunizará y se desplegará en suelos tan disímiles como las selvas de Indochina, Iwo Jima o Normandía. El cuadro es una alegoría de las raíces del pensamiento sociopolítico estadounidense: la democracia liberal

como marca de nacimiento para distanciarse de la estratificación y las tradiciones inglesas; la confianza en la Providencia; la mirada puesta en el futuro; el arrojo para someter las fuerzas de la naturaleza y domeñar territorios inhóspitos; la misión de convertirse en el heraldo de la civilización; el pragmatismo y el individuo que se yergue triunfante frente al caudal de las masas.

LA FUSIÓN DE DOS CULTURAS

Ningún visitante del Castillo de Chapultepec puede evitar quedar conmovido cuando advierte tras un rescoldo elacrílico de Jorge González Camarena, que apenas contiene la acometida impetuosa de un caballero águila contra un soldado español: yelmo contra plumas; *macuahuitl* frente a espada; obsidiana o hierro; caballo y penacho... Zaherido por el abandono de sus dioses y atravesado por la hoja de metal, el hombre prehispánico está envenenado de muerte. Ingerida la cicuta de la anomia, su mundo se desmiembra como la Coyolxauhqui. Los misioneros recogen los pedazos y moldean cruces con motivos prehispánicos, edifican claustros, erigen conventos, levantan iglesias, multiplican cimborrios, fundan sincretismos: Tonantzin será la Guadalupeana; Xiuhtecuhtli, San José; el *calpulli*, el ejido; el canibalismo del sacrificado hecho dios, la comunión cristiana; los basamentos piramidales, catedrales. No será fácil el camino: la muerte es venero y el criollo, río de sangre. El pensamiento mexicano exuda lo que Camarena consagró: la espera del caudillo que redima las injusticias; el sufrimiento como llave del paraíso; la confianza en el esteticismo; un peculiar sentido comunitario —lecho de Procusto, cangrejos en cubeta— que obstruye el despunte de los talentosos y alimenta el desprecio al espacio público (“es

de todos, no es de nadie”). La fusión de cuando menos dos herencias ancestrales es, en palabras de Ignacio Bernal, el “timbre de gloria” de la cultura mexicana.

*

Como sucede con los Pirineos, el río Bravo, con sus caprichos y crecidas, es una delimitación de espacios culturales —lo fueron Aridoamérica y Mesoamérica antes de la constitución de los Estados modernos—. Resabios de civilizaciones milenarias florecen al sur; al norte, efervescencia de identidades culturales divergentes —irlandeses, italianos, alemanes, ingleses, chinos, mexicanos, hondureños, afroamericanos...—. Dos Américas —la hispanolatina y la anglosajona— pelean la supremacía mercantil y el dominio marítimo del Atlántico. Ambas anhelaron renovar los cánones europeos, pero al contemplarse de frente advirtieron sus abismales diferencias. La relación de fuerzas casi siempre ha sido asimétrica: en 1846, un ejército profesional con revólveres Colt de siete tiros se enfrentó a un ejército constituido por leva pertrechado con fusiles ingleses de chispa; el derrumbe de la Unión Soviética volvió invencible a la superpotencia de la bomba atómica.

Herederos de los pueblos prehispánicos más sobresalientes del continente americano, México estaba llamado a ser el “gigante histórico” de la región.¹ Boyante en comercio,

¹ Desde que Alejandro de Humboldt publicó en los albores del XIX su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, la riqueza de México despertó interés descomunal en Alemania. Bernecker refiere que en 1823, la *Allgemeine Preussische Staatszeitung* escribía entusiasta: “De tal manera ha favorecido la naturaleza a México que sólo requiere un gobierno diligente y comercio libre con otras naciones para, en muy poco tiempo, convertirse en uno de los países más florecientes de ambos lados del Atlántico”. Años más tarde, el gobierno prusiano albergaba grandes esperanzas en relación a las perspectivas expansionistas del comercio alemán, una vez que México hubiera sido reconocido diplomáticamente y las exportaciones pudieran quedar estipuladas en un contrato. Según Bernecker, el interés europeo en comercio e inversiones en la región debió mucho al mito de El Dorado mexicano.

minería y agricultura y floreciente en las ciencias y artes, el virreinato abarcaba, en el siglo XVIII, del Oregón hasta la Capitanía General de Guatemala. Veinte años bastaron para diluir la mitad del territorio en una cantidad nada despreciable de conflictos internos y crisis identitarias. Cincuenta años bastaron a las colonias norteamericanas para multiplicar su territorio hasta incrementar en treinta y uno el número de sus estados con una población que, en 1830, superaba los trece millones.²

Walther L. Bernecker, "Las relaciones comerciales germano-mexicanas en el siglo XIX", en León E. Bieber (coord.), *Las relaciones germano-mexicanas. Desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente, México*, El Colegio de México/DAAD/UNAM, 2001, pp. 92-93. Ulrich Köhler, por su parte, hace hincapié en la admiración que plasmaban los viajeros alemanes en sus informes sobre las zonas arqueológicas de México: Alejandro de Humboldt, Teobert Maler o, más tarde, Eduard Seler. Ulrich Köhler, "Aportes alemanes a la investigación arqueológica, etnohistórica y etnológica en México", León E. Bieber (coord.), *Las relaciones germano-mexicanas. Desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente, México*, El Colegio de México/DAAD/UNAM, 2001, p. 193. Vale la pena también mencionar los relatos de viaje de John Lloyd Stephens que fascinaron al mundo con las impresiones (y los objetos extraídos posteriormente por Thompson) del esplendor maya escondido en las impenetrables selvas de Yucatán. Véase John L. Stephens, *Viaje a Yucatán 1841-1842* (trad. Justo Sierra O'Reilly), México, Fondo de Cultura Económica, 2003. Asiste la razón a Josefina Zoraida Vázquez cuando escribe: "A finales del siglo XVIII, la Nueva España había sido importante no sólo para su metrópoli, sino en forma creciente para la Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Su plata había jugado un papel esencial para el comercio y durante las guerras napoleónicas para todos los contendientes. Esta circunstancia y la difusión de sus riquezas por medio del famoso *Ensayo* del barón de Humboldt, la haría vulnerable, al convertirla en blanco de la ambición de los poderes comerciales y del expansionismo norteamericano". Josefina Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, pp. 570-571. En el Informe de Joel Robert Poinsett a Martin van Buren, Secretario de Estado, quedó asentada la admiración por México: "Ninguna de las posesiones españolas fue vigilada por la madre patria con mayor celo que México. Su densidad de población relativamente alta, su dilatado y fértil territorio, su rica y variada producción y, sobre todo, su riqueza mineral, la convirtieron en fuente de grandes ganancias para España". Joel Robert Poinsett a Martin van Buren, "El precio del dominio español", en Krystyna M. Libura, et. al. (eds.), *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Ediciones Tecolote, 2004, p. 169.

² José Antonio Armillas, "La América anglosajona", en Juan B. Amores Carredano (coord.), *Historia de América*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 920.

La filosofía que se cultiva en ambos lados del río Grande abreva de estas contingencias históricas, sociales y geográficas. La forma en la que se concibe el Estado, la justicia y la organización de la sociedad —en suma, todo aquello que comprende la filosofía política— es fruto de tradiciones, en muchos casos irreconciliables: la historia como concatenación de cataclismos o ciclos de reinención; la confianza en las instituciones o la fe en héroes, pícaros y santos; el tiempo lineal de la democracia jeffersoniana o el torbellino de épicas de caudillos; la pulcritud del puritanismo o la penitencia barroca; el *self-made man* o el cordón franciscano; la concepción hamiltoniana del gobierno o el orden social del mundo prehispánico y las haciendas novohispanas; utilitarismo minimalista hasta la parquedad o abigarrado churrigueresco hasta la locura; liberalismo racional o esteticismo desmesurado... Si existe un pensamiento filosófico mexicano o estadounidense, éste ha sido conformado por una serie de fenómenos histórico-sociales que conviene analizar y que se han dividido en siete apartados *ad hoc*. Incluso fenómenos importados como el positivismo o la Ilustración son decantados por las estructuras particulares que los dotan de un barniz inherente a estas regiones. Las páginas que siguen intentan trazar un paisaje, no exhaustivo sino significativo, de algunos de los elementos más notorios que han influido en el desarrollo filosófico de los países en cuestión. Todo texto de esta naturaleza contiene limitaciones confesas e inconfesas. Excusas rendidas por las segundas...

MITOS FUNDACIONALES: EL HOLOCAUSTO CÍCLICO Y LAS GESTAS TRANSFORMADORAS

Para Herfried Münkler, los mitos nacionales evocan arquetipos pretéritos para garantizar el futuro: "no esclarecen las nieblas históri-

cas de una nación; estructuran su marcha”.³ Münkler abreva de una remota tradición ligada a Carl Schmitt y Georges Sorel que pretende estructurar elementos emocionales para ofrecer una lectura más realista de los acontecimientos políticos. En esa línea, Denis Trierweiler explica que “el mito es un sistema simbólico en el que se integran elementos emocionales. Estos sistemas no son falsificables; actúan o no”.⁴ Cassirer lo ha dicho de una manera muy hermosa: “En política se vive permanentemente sobre una tierra volcánica. Siempre hay que estar listo para enfrentar tanto convulsiones como erupciones. En cada momento crítico de la vida social, las fuerzas racionales capaces de resistir al aumento de concepciones míticas arcaicas son frágiles. En tales momentos, se asiste pues a un retorno del mito”.⁵

Si logran trascender los temores de que la historia nacional sea un episodio irrelevante en la trama universal, dice Münkler, “los mitos transmitirán la confianza y el optimismo necesarios para que una comunidad domine un futuro amenazador que luce plagado de incertidumbres”.⁶ Quien pretenda separar los hechos históricos del mito, ignora que la cosmovisión de muchos pueblos ha conjugado de manera comprensible ambas retóricas.

Para los antiguos mesoamericanos, el sol era principio creador y el agua, dadora de vida. Los días iluminados por el reflejo solar en el tezontle coronan parajes constelados por los fantasmas del tormento de Cuauhtémoc, de la agresión estadounidense en 1847, de la inmolación de los cadetes en Chapultepec... Una anti-

gua profecía mexicana anunciaba que “cuando el templo mayor de los aztecas aparezca en la plaza principal de la ciudad de Tenochtitlán, coronado por el sol, volverán a los ancestros sus antiguos derechos”.⁷ Quetzalcóatl era el Tezcatlipoca blanco: “la Serpiente Emplumada era agua, viento del sur, reptil, pájaro, plantas, médico, maestro, astrónomo, sacerdote, y una persona ordinaria, aunque sabia”.⁸ Enseñó a trabajar la tierra, a medir el tiempo y a leer las estrellas. Después se despidió y, antes de ser devorado por la espuma, prometió volver. Estos ciclos mitológicos coincidieron con la extinción del imperio azteca precedida por “espigas de fuego en el cielo”, temblores, lluvias de estrellas, granizos de cenizas volcánicas, tormentas de sangre, marejadas en Texcoco, rapsodas siniestros, torres que se movían en el mar y hasta una grulla con un espejo en la mollera.⁹ Visto en gran formato, pareciera que cada ciclo de la historia mexicana debía sellarse con un rosario de piras, inmolaciones, exilios involuntarios y regresos proféticos. La creación del sol y de la luna es fruto del sacrificio de Nahuatzin y Tecciztecatl. El sol histórico que existía en el momento de la Conquista habría de llegar a su fin con terremotos que sacudirían la bóveda celeste derribando las estrellas, monstruos antropófagos. La Serpiente Emplumada trajo la hecatombe. Las aspiraciones de la joven República se desvanecieron con la experiencia traumática del Tratado de Guadalupe Hidalgo. El liberalismo triunfante pereció con un Porfirio Díaz desterrado que derramó las primeras lágrimas con el Ipiranga difuminado en la bruma de la isleta de los Sacrificios. La “Revolución institucionalizada” encalló con un presidente “educado en la hidalguía” que se pensaba heredero del mítico Quetzalcóatl.

³ Herfried Münkler, *Die Deutschen und ihre Mythen*, Berlin, Rowohlt, 3a ed., 2009, p. 33.

⁴ Denis Trierweiler, “Georges Sorel y Carl Schmitt: de una teoría política del mito a la otra” (trad. E. Consigli), en Yves Charles Zarka (coord.), *Carl Schmitt o el mito de lo político*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2010, p.14.

⁵ Cit. en *Ibid.*, p. 14.

⁶ H. Münkler, *op. cit.*, p. 33.

⁷ Anita Brenner, “El mesías mexicano”, en Roger Bartra (comp.), *Anatomía del mexicano*, México, Debolsillo, 3ª ed., 2007, p. 75.

⁸ *Loc. cit.*

⁹ *Loc. cit.*

«...la muerte es condición sustantiva del héroe en México y la leyenda popular configura sus alcances...»

JORGE CARRIÓN

Los estadounidenses no ordenan el conflicto en claves sacrificiales, sino como oportunidades para llevar a cabo “grandes transformaciones” o ensayar “revoluciones sociales”. En esas coordenadas se insertan la Guerra de Independencia, el Gran Despertar, la Guerra de Secesión —*The Birth of a Nation*, D. W. Griffith *dixit*—, la Gran Depresión, el *New Deal* de Roosevelt, la Primera Guerra Mundial, el Desembarco en Normandía, Pearl Harbor, la Guerra de Vietnam, los ataques terroristas a las Torres Gemelas o las incursiones militares en Afganistán o Iraq. Confían en que sus instituciones civiles superarán las contingencias históricas. Si para Hegel la historia culminaba en Prusia, Francis Fukuyama cerraba el telón con la democracia estadounidense. Si en México la mitología nacional, discontinua y henchida de altibajos, está conformada por revoluciones y escaramuzas con resultados que van desde lo desafortunado y traumático hasta lo pintoresco —hubo una Guerra de los pasteles y, en plena intervención estadounidense, una Rebelión de polkos—, la épica estadounidense ancla siempre en el aceitado funcionamiento lineal de las instituciones. “Y para definir América, su vigorosa democracia”, decía Jürgen Habermas en una conferencia en Stanford para conmemorar a Richard Rorty.¹⁰ Doscientos

¹⁰ Habermas loaba *Achieving our Country*, el libro de Rorty que consideraba más personal. En éste, se reivindicaba el carácter excepcional de la democracia más antigua “que bien puede sentirse orgullosa de la sustancia normativa de sus principios y la sensibilidad por una nueva multiplicidad de perspectivas abierta al mundo, y una pluralidad de culturas y de voces”. La democracia estadounidense se erige así como un gimnasio, pues su *corpus* atlético se ejercita mediante la crítica y el embate.

años antes, Tocqueville atestiguaba cómo las instituciones echaban raíces en el territorio norteamericano.¹¹ En pocos países ha perdurado tanto la democracia liberal monda y lironda con apenas alteraciones mínimas. Perfeccionaron el sistema de pesos y contrapesos:

Si los hombres fuesen ángeles, ningún gobierno sería necesario. Si ángeles gobernaran a los hombres, saldrían sobrando los controles gubernamentales externos o internos. Al constituir un gobierno que ha de ser administrado por hombres para hombres, la gran dificultad estriba en lo siguiente: primeramente hay que capacitar al gobierno para mandar sobre los gobernados; y, luego, obligarlo a que se regule a sí mismo. El hecho de depender del pueblo es, sin duda alguna, el freno primordial indispensable sobre el gobierno; pero la experiencia ha demostrado la necesidad de precauciones auxiliares.¹²

De ahí que Rorty viera con tan malos ojos el “arrogante anti-internacionalismo” del presidente Bush y lo comparara con los esfuerzos de Roosevelt por crear las Naciones Unidas tras la Segunda Guerra Mundial. Jürgen Habermas, “... And to Define America, Her Athletic Democracy”: The Philosopher and the Language Shaper; In Memory of Richard Rorty, *New Literary History*, vol. 39, núm. 1, Remembering Richard Rorty, 2008, pp. 11-12.

¹¹ Tocqueville pensaba que la condición social estadounidense era esencialmente democrática, algo que se percibía desde la fundación de las colonias y que persistía con admirable estabilidad. También destaca los famosos “town meetings”, una figura de representación que consideraba a la libertad “lo que las escuelas primarias eran a la ciencia”. Los town meetings ponían la libertad al alcance de las personas permitiendo su asimilación y perfeccionamiento. Finalmente, Tocqueville percibía la condición de igualdad entre las personas como la piedra angular de todas las demás virtudes. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Nueva York, Alfred Knopf, 4ta reimpr., 1948, pp. 3, 49 y 61.

¹² James Madison, “The Federalist No. 51”, en Jack N. Rakove

Los mexicanos, por el contrario, abjuran de las instituciones, a las que consideran contubernios de minorías privilegiadas en detrimento de la mayoría. Tan elusiva como una definición de “pueblo” resultaría una investigación sobre los orígenes de la desconfianza que acaso habría que trazar hasta la época de la Conquista.¹³ En México se anhelan Alejandro que corten de tajo nudos gordianos y accionen los engranajes de la historia con celeridad. La fuerza del presidencialismo mexicano se comprende mejor desde estas premisas.

Para los herederos del único pueblo que consagró toda una rama de la literatura a la picaresca, la muerte redime al héroe.¹⁴ Si se sabe irse con decoro, los agravios del tránsito terrenal pasarán a segundo término.¹⁵ Como aseguraba Jorge Carrión, “la muerte es condición sustantiva del héroe en México y la

(ed.), *James Madison Writings*, Nueva York, Library Classic of the United States, 1999, pp. 294-298.

¹³ En clave marxista, José Revueltas sostiene que, en México, siempre se ha pensado en satisfacer los intereses de un grupo pequeño. Las élites han mutado de nombre y de discurso, pero la distribución de poder se ha mantenido inalterada. La Conquista sustituyó a los amos indígenas con los españoles. Los conquistadores ordenaron a los pueblos indígenas vencidos como fuerzas productivas. Tres etapas históricas conforman la interpretación de Revueltas. En la Encomienda, los indios fueron sometidos a la servidumbre, pero no despojados de sus tierras. El calpullalli y las tlamilpas se conservaron sin modificación, cambiando únicamente el destino del tributo, dirigido ahora a los españoles. En un segundo momento, los indígenas son explotados como mano de obra, principalmente en las minas, con el pretexto de adoctrinarlos en la fe católica. Los indígenas son despojados y el calpullalli desaparece. En su lugar surge un exiguo terreno como fundo legal: el ejido colectivo del pueblo. Finalmente, la tercera etapa es la de las tierras mercedadas. Los reyes españoles hacen mercedes de tierras a sus vasallos en premio a los servicios prestados a la Corona y a propósito de colonizar la Nueva España. El despojo de los indios adquiere un carácter legal y la Corona exige a los beneficiados por el despojo el avecindamiento, por lo menos de cuatro años en las tierras mercedadas. De estas tres fases, la tercera es la más importante, piensa Revueltas, “porque la Corona obliga al español a avecindarse en la tierra”. José Revueltas, “Posibilidades y limitaciones del mexicano”, en Roger Bartra, *Anatomía del mexicano*, México, Debolsillo, 3ª ed., 2007, pp.223-224.

¹⁴ Jorge Carrión, *Mito y magia del mexicano*, Ensayos sobre el mexicano, México, Nuestro tiempo, 1970, p. 28.

¹⁵ *Loc. cit.*

leyenda popular configura sus alcances”.¹⁶ En Estados Unidos, la muerte no es necesaria para cubrir de pátina a sus figuras nacionales. Los horrores de una guerra en su propio terreno están ausentes del inconsciente colectivo porque, salvo contados episodios, no lo han experimentado. Casi está de más decir que, en sus primeras décadas de vida, el Estado mexicano tuvo que lidiar con un intento de reconquista (1829), una guerra de independencia (1836), una conflagración con una potencia europea (1838) y la salvaje invasión estadounidense (1846-1848). Sólo la primera tuvo un desenlace feliz.

A contraluz de sus mitos, estadounidenses y mexicanos no se reconocen. La arquitectura de Legorreta, Parra, Barragán y Teodoro González regresa al convento o a la ruina; la estadounidense al Partenón o a los rascacielos. Los primeros sienten distante al panteón prehispánico y, vía cordón umbilical por Inglaterra, perciben antagónica la vertiente ibérica y el mundo barroco. Para los segundos no es menos extraña la oda a la modernidad que orquestan sus vecinos: “Al otro lado de las fronteras norteamericanas de México se construye una nación con vertiginosa rapidez. Lo vasto y sólido de sus andamios da idea de la reciedumbre del edificio que ha de erguirse y, por si fuera poco, las líneas que ya se acusan en la nueva fábrica no recuerdan para nada los retorcimientos barrocos o las sombrías severidades de los escoriales, evocadores de la antigua imagen paterna”.¹⁷ Con esa seguridad, los estadounidenses miran hacia el futuro. Son, como escribía un horrorizado Ramón Alcaraz, “los hijos de dos razas destinadas al parecer por el Ser Supremo para destrozarse, así en el antiguo como en el nuevo continente”.¹⁸

¹⁶ *Ibid.*, pp. 28-29.

¹⁷ *Ibid.*, p. 26,

¹⁸ Ramón Alcaraz et al., *Apuntes para la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Siglo XXI, fasc., 1848, p. 39.

HISTORIAS IRRECONCILIABLES: LAS RUINAS PREHISPÁNICAS Y EL EPÍLOGO A INGLATERRA

Desde los inicios de la vida independiente la sociedad mexicana está cosida al pasado. Aún cuando las culturas prehispánicas eran muy distintas entre sí, comparten rasgos comunes cuyo legado es abrumador. No es un rasgo exclusivamente mexicano, pero sí exacerbado en contraposición a la juventud rozagante estadounidense enraizada en una tierra sin pasado (o uno que no quisieron reconocer). Como el Washington de Leutze, los segundos arrojan sus redes al futuro sin pensar en realidades culturales preexistentes. Por añadidura son vástagos de tradiciones europeas ajenas entre sí: la anglosajona y la hispánica. Asistía la razón a Octavio Paz cuando decía que “[los] Estados Unidos nacieron con la modernidad y ya para 1830, como lo vio Tocqueville, eran la matriz del futuro; nosotros nacimos en el momento en que España y Portugal se apartaban de la modernidad”.¹⁹ En cierta medida, las diferencias irreconciliables entre las Repúblicas americanas son continuación de lo ocurrido en Europa: la Guerra de los treinta años (1618-1648) y la Guerra de sucesión española (1701-1713) que fortalecieron a Inglaterra y las intromisiones de ésta en la Honduras británica, la costa de los Mosquitos o Jamaica. Por esta razón, que existan imbricaciones con la cosmogonía precolombina no entraña la ruptura total de México con una tradición europea que reconocen como propia, aunque sus fuentes sean muy distintas en comparación a las estadounidenses:

En nuestro pensamiento hay torres como Santo Tomás y San Buenaventura. Y particular-

¹⁹ Octavio Paz, “Nobel Lecture: La búsqueda del presente”, Estocolmo, 8 de diciembre de 1990 (discurso), <http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture-s.html>.

mente en la América nuestra [...] es el cordón franciscano la disciplina de la obra civilizadora que todavía se prolonga y que no hubiera alcanzado realización sin el esfuerzo quijotesco que guió la Conquista. [...] en suma, todo lo que somos por el espíritu: la grandeza de Isabel la Católica, la Contrarreforma de Felipe II que nos salvó del calvinismo, la emancipación americana que nos evitó la ocupación inglesa intentada en Buenos Aires y en Cartagena y que, con Bolívar, fijó el carácter español y católico de los pueblos nuevos. [...] Nuestra raza se expresa en la doctrina política de Lucas Alamán, en los versos de Rubén Darío y en el verbo iluminado de José Martí.²⁰

En América, peninsulares e isleños se enfrentaron a realidades diametralmente opuestas y se condujeron de formas distintas. Los primeros colonizaron un territorio poblado por indígenas organizados en sociedades urbanas que conquistaron, cristianizaron y procuraron integrar mediante el mestizaje; los segundos, concibiendo el continente nuevo como un libro en blanco —los naturales fueron objeto de exterminio o destinados a vivir en reservas— se dispusieron a escribir un epílogo al decadente mundo europeo, único al que reconocen como interlocutor válido en un *tête-à-tête*. Los dominios españoles nunca fueron colonias en el sentido habitual de la palabra: Nueva España y Perú fueron súbditos de la corona de Castilla como los otros reinos hispánicos. Por el contrario, los establecimientos ingleses en Nueva Inglaterra fueron colonias en la acepción clásica del término.²¹

En Estados Unidos, la población blanca —prescindiendo si eran hugonotes franceses,

²⁰ José Vasconcelos, “Los motivos del escudo”, en Christopher Domínguez Michael (ed.), *José Vasconcelos, Obra Selecta*, Caracas, Ayacucho, 1992, p. 78.

²¹ Octavio Paz, “Posiciones y contraposiciones: México y Estados Unidos”, en su libro *Obras completas vol. V (El peregrino en su patria. Historia y política de México)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 2014, p. 466.

escoceses, alemanes o ingleses— se identificaba como “americana” y se distinguía de sus contemporáneos ultramarinos porque se concebían como depositarios de derechos que, aún en el Siglo de las Luces, eran una simple aspiración en los países europeos más “avanzados”. Despojados del discurso prehispánico, los estadounidenses querían “iniciar el mundo de nuevo”.²² Escribía Tom Paine en 1775: “Tenemos la oportunidad y alicientes para diseñar la constitución más noble y pura sobre la faz de la tierra”.²³ *Ubi panis ibi patria*, se convierte en norteamericano quien abraza un nuevo gobierno que, en contraste con otras civilizaciones anquilosadas, siempre tiene la mente ocupada en teorías políticas que resuelvan los problemas venideros. En México, como señala Alfonso Alfaro, “las imágenes idealizadas del pasado indígena que los mexicanos actuales veneran en las galerías del Museo Nacional de Antropología, en las portadas de los libros de texto gratuitos, en los pedestales de las estatuas o en los murales de Diego Rivera son piedras angulares donde reposa el edificio del orgullo nacional”.²⁴ A partir de ahí, Clavijero propuso un modelo en Bolonia durante el siglo XVIII para integrar en una identidad común a criollos, mestizos e indígenas.²⁵ En pluma de Anita Brenner, “México se explica a sí mismo armoniosamente y con brío como una gran sinfonía o una pintura mural, coherente consigo mismo, no como una nación en desarrollo, sino como una imagen con temas dominantes y formas y valores en permanentes y variadas relaciones, y siempre en el presente como los códices aztecas que eran historia, pero también

²² George C. Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations since 1776*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, p. 11.

²³ *Loc. cit.*

²⁴ Alfonso Alfaro, “Miradas de perfil. Encuentros y desencuentros culturales entre México y Estados Unidos”, en Pellicer, Olga y Rafael Fernández de Castro (coords.), *México y Estados Unidos; las rutas de la cooperación*, México, ITAM/ Instituto Matías Romero, 1998, p. 247.

²⁵ *Loc. cit.*

calendario y texto sagrado”.²⁶ Calendario de días superpuestos, la ciudad de México se erigió sobre las ruinas de Tenochtitlán; el orgullo tolteca evocaba las glorias teotihuacanas y los adoquines de Tlatelolco se regaron con marejadas de sangre de tiempos distintos. El proyecto social mexicano es una polifonía compuesta por ecos prehispánicos y voces ibéricas; por el contrario, la imagen identitaria de los Estados Unidos es una monofonía inglesa.

En su calidad de pueblo nuevo, desconocieron a los pueblos originarios y crearon una mitología de *pilgrims* recién desembarcados:

Jacobo, por la Gracia de Dios, Rey de Inglaterra, Escocia, Francia e Irlanda, Defensor de la Fe, etc. Considerando que nuestros amados y bien dispuestos súbditos [...] humildemente se nos han acercado con la súplica de que les otorgásemos licencia para establecer casa y hacienda y para conformar una colonia con varias personas de nuestro pueblo en esa parte de América comúnmente llamada Virginia, y en otras partes y territorios de América, tanto en nuestras.²⁷

Los estadounidenses pueden hacer un ejercicio de anamnesis sin que aparezcan episodios anómicos como la Conquista. En su árbol genealógico, ni Cuauhtémoc, ni Malinche; para los estadounidenses, Tenochtitlán o Mayapán evocan un mundo exangüe con el que su país nada tiene en común y elementos con los que, a lo más, sólo es posible *jouer à l'autochtone*. Para Alexis de Tocqueville, los indígenas habían aterrizado por capricho de la Providencia en medio de riquezas sólo para disfrutarlas por una temporada hasta la llegada de nuevos pobladores.²⁸ Con esas costas, tan admirablemen-

²⁶ A. Brenner, *op. cit.*, p. 77.

²⁷ Cédula Real de Jacobo I a la Compañía de Virginia, 10 de abril de 1606, en Angela Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez (eds.), *EUA. Documentos de su Historia Política I*, México, Instituto Mora, 1988, vol. 1, pp. 22-24

²⁸ A. Tocqueville, *op. cit.*, p. 25.

te adaptadas para el comercio y la industria, los ríos amplios y profundos, el inabarcable valle del Mississippi parecía preparado para recibir al embrión de una gran nación.²⁹ Su memoria histórica no es europea y de ahí que, como sostenía Octavio Paz, una de las direcciones más poderosas y persistentes de la literatura norteamericana, de Whitman a William Carlos Williams y de Melville a Faulkner, haya sido la búsqueda (o la invención) de raíces americanas.³⁰ El México moderno heredó incontables rasgos prehispánicos que, aún cuando hispanizados, le recuerdan a cada paso su pasado: las palabras que enriquecieron el castellano; la ceremoniosa manera de expresarse; el rostro inmutable del azteca con flores en las manos; el paladar habituado al frijol, chile, siricotes, nopales y tortillas; el uso del comal, metate o las jícaras laqueadas; el deleite estético con los alebrijes, el barro negro de Oaxaca, las ánforas de Tlaquepaque, las máscaras de los parachicos, las cajitas perfumadas de Olinala, la talavera poblana hija de los mosaicos de la España musulmana; o la peculiar relación con la muerte expresada en el Día de los Muertos en contraste con la Noche de Brujas que, iluminada por las *jack-o'-lantern*, las hogueras o las películas de terror, proviene del mundo celta. Pese a los intentos de ciertos grupos “indigenistas” por abjurar de un avanzado proceso de integración es inevitable advertir, como lo hace Bernal, que “aun con tantas diferencias, hubo desde el comienzo semejanzas entre la civilización española y el mundo indígena como la intensa religiosidad, la cultura verbalista o las casas construidas con habitaciones alrededor de un patio central con el mínimo de aberturas al exterior”.³¹ La cultura criolla asu-

²⁹ *Loc cit.*

³⁰ Octavio Paz, “Posiciones y contraposiciones...”, p. 468.

³¹ Ignacio Bernal, “Formación y desarrollo de Mesoamérica”, en Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, p. 151.

me el pasado prehispánico en usos, costumbres sociales, modos de comportamiento colectivo o simbiosis.

Su empeño por “rediseñar el mundo” y la realidad geográfica permitieron a los estadounidenses ensayar una economía alejada de las limitaciones de la isla. Las tierras septentrionales carecían de los recursos novohispanos y, en consecuencia, había que construirlo todo, de la primera a la última piedra. De la necesidad de importar brazos surgió la servidumbre por contrato. Muchos ingleses que tenían que emigrar por sus convicciones religiosas o políticas y que carecían de dinero para el pasaje vendían sus servicios por un número definido de años, al cumplimiento del cual recibían un pedazo de tierra y el ejercicio de su libertad.³² Por su parte, a tenor de las doctrinas mercantilistas de la época, la metrópoli novohispana estableció un sistema basado en la supremacía de la explotación minera y en el abastecimiento exclusivo de las colonias, la dependencia administrativa y el intercambio desigual. Además, la economía del México antiguo fundada en el sistema de pagos en especie, en trabajo o recompensas (tierras y trabajadores) sufrió pocas alteraciones y creó un orden social diferente.³³

REDENCIÓN Y PREDETERMINACIÓN: LA CONTEMPLACIÓN BARROCA Y LOS CÓDIGOS PURITANOS

¿Existe redención para la cadena de tragedias que labran el mito mexicano? Cuando existente, los mexicanos la esperan por la penitencia. Pulverizadas las Xochiquetzalli, la sociedad

³² Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed., 3ª reimpr., 2006, p. 16.

³³ Pedro Carrasco, “Cultura y sociedad en el México antiguo”, en Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, p. 167.

novohispana abrazó la moral de Trento, una visión del mundo despreciada y combatida, Alfaro *dixit*, con denuedo por “la Ilustración, el arte neoclásico y las modernidades del XIX”.³⁴ La colonización española en Mesoamérica se empeñó en introducir el catolicismo, mientras que los valores del protestantismo marcaron la contraparte neerlandesa y anglosajona en el resto del territorio norteamericano. Amén de las insuperables rivalidades políticas y económicas, los dos imperios tenían profundas diferencias religiosas: los puritanos, promotores de la colonización de Nueva Inglaterra, calificaban a los católicos de anticristianos y degradados moralmente.

La sociedad indiana ostentaba una religiosidad esencialmente barroca y devocional, más que litúrgica y sacramental, al estilo andaluz. La evangelización fue, en realidad, una inculturación que originó una “cultura cristiana original”. Destacó la devoción a la santa cruz, la iconografía original, la sangre de los cilicios, los ayunos penitenciaros, las beatificaciones, los “santos Cristos” o “Vírgenes” con distintas advocaciones (de la Sangre, del Perdón, del Buen Despacho, de la Salud, del Socorro, Virgen de la Soledad en Oaxaca, Virgen de San Juan de los Lagos, Virgen de Guadalupe, etcétera), los santos locales como el famoso de Esquipulas en Guatemala. Se puede comprender que la visión del mundo prehispánica aderezada con elementos medievales remachados por el Concilio de Trento y la tradición hispánica conformaba una visión del mundo que no se agotaba en el terreno de la moral, sino que daba sentido a la política y orientaba el discurrir vital. El barroco del XVII y XVIII prescindió de una línea divisoria clara entre fantasía y realidad y, con mucha frecuencia, abrevó de ambos mundos para echar a andar una formidable

³⁴ *Loc cit.*

máquina de historias, leyendas, milagros, simbolismos y alegorías.³⁵ Para la sociedad novohispana, el ocio es noble y el trabajo es bueno porque produce riqueza, pero la riqueza es buena porque está destinada a derramarse en las fiestas y boatos; el trabajo, ni redime ni es valioso por sí mismo.³⁶ El hombre superior guerrea, manda, legisla, piensa, contempla, ama, galantea, se divierte.³⁷ El entendimiento estadounidense, por el contrario, tiene el culto a la fiesta y el derroche por depravación. El trabajo es señal de la elección divina.³⁸ Prueba de ello es el uso de sustancias estupefacientes que, para los pueblos precolombinos, se inscribe en un marco de religiosidad y para muchos estadounidenses se trata de una transgresión del infierno hacia el orden puritano. Si el catolicismo quemó a los herejes, los estadounidenses sentaron desde el inicio la libertad religiosa:

Es voluntad y mandato de Dios que se garantice a todos los hombres [...] la licencia de manifestarse como paganos, judíos, musulmanes o de conciencia anticristiana, así como el ejercicio del culto; y que sólo podrán ser combatidos con esa espada que es la única capaz (en cuestión de almas) de conquistar y de juzgar, la espada del espíritu divino, la palabra de Dios.³⁹

La Proclama sobre la Libertad de Conciencia de Roger Williams, advierte sobre cómo la uniformidad de cultos puede ser la causa

³⁵ Jorge Alberto Manrique “Del barroco a la Ilustración”, en Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, p. 440.

³⁶ *Loc. cit.*

³⁷ *Loc. cit.*

³⁸ O. Paz, “Posiciones y contraposiciones...”, pp. 469-470.

³⁹ Roger Williams, “Proclama sobre la Libertad de Conciencia y la Separación de la Iglesia y el Estado (1644)”, en Angela Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez (eds.), *EUA. Documentos de su Historia Política I*, México, Instituto Mora, 1988, vol. I, pp. 75-77.

principal de “guerra civil, la violación de conciencia, la persecución de Jesucristo por medio de la persecución de sus servidores, y la hipocresía y la destrucción de millones de almas”.⁴⁰ Que no sean eclesiásticos, no los despoja de su mesianismo. Las colonias eran una paleta de colores muy variados en cuanto a la religión y diversidad socioeconómica respecta.⁴¹ El barroco es, ante todo, un programa estético y de ordenación espacial. La catedral, en México como en la tradición europea, es expresión de orgullo en una ciudad. No son ajenas a la estirpe mexicana Notre-Dame, Colonia, Friburgo, porque el mismo proceso de cristianización que derribó el árbol sagrado de los pueblos germánicos y reinterpretó los sitios de adoración, vestirá los centros ceremoniales indígenas con retablos abigarrados de esculturas y fastuosas decoraciones talladas en madera de cedro blanco, recubiertas en hoja de oro, órganos y cipreses. Algo inentendible para los estadounidenses, acostumbrados a la arquitectura recogida de sus centros protestantes. Construidas en varios siglos son, como la Sagrada Familia de Gaudí, utopías, con piedras enmohecidas que avanzan en la penumbra de los lustros. Como la propuesta monumental prehispánica, el barroco trata de conmovir al espectador para inducir un estado de espiritualidad.

⁴⁰ *Loc. cit.*

⁴¹ En el sur hubo una mayor diversidad religiosa con predominio del anglicanismo; en el centro la variedad fue mayor; Maryland y Pensilvania, por ejemplo, fueron erigidas como refugio de católicos y de cuáqueros; pero al poco tiempo recibieron flujos migratorios de otras confesiones, lo cual condujo a que en Maryland se decretara la tolerancia de cultos en 1649, y a que en Pensilvania se mantuviera una política liberal en materia de cultos desde su fundación, en 1681. El grupo más homogéneo fue el de las colonias de Nueva Inglaterra, con el puritanismo como la religión predominante que acabó por determinar tanto las instituciones sociales como las políticas del país. Jesús Velasco Márquez. “Visión Panorámica de la Historia de los Estados Unidos”, en Rafael Fernández de Castro y Claudia Franco Hijuelos (ed), *¿Qué son los Estados Unidos?*, México, ITAM-McGraw Hill, 1996.

El puritanismo, por su parte, se convirtió en un código de valores. Cualquier inventario que aspire a reunir los elementos que han conformado la “mente americana” tendría que comenzar con esta corriente que emergió fortalecida después del Gran Despertar de la década de 1740.⁴² El puritanismo ataca el sesgo sacerdotal que permanecía aún en la Iglesia anglicana y esgrimía una teología de intermediarios. Los puritanos adaptaron la religión a sus propósitos y por eso se volvió una filosofía política que delegó la dirección en manos de los “más calificados”, exigiendo la obediencia de los “no elegidos”. Desde el punto de vista religioso era la reivindicación de la unidad del intelecto y del espíritu frente al ascendente sentimiento democrático, desconfiado del intelecto e intoxicado con el espíritu.⁴³ Los expositores de las Sagradas Escrituras deberán ser mentores de granjeros y mercantes.⁴⁴

En México, la ortodoxia católica había adoptado la forma filosófica del neotomismo y la ortodoxia impedía el examen y la crítica. Como afirmaba Octavio Paz, “en América Latina, el Estado luchó contra la Iglesia no para fortalecer a los individuos sino para sustituir al clero en el control de las conciencias y voluntades”.⁴⁵

⁴² Apartándose de los rituales y ceremonias, el Gran Despertar comprende un cristianismo intensamente personal para la persona común mediante el fomento de un profundo sentido de convicción espiritual y de la redención, y mediante el fomento de la introspección y el compromiso de una nueva norma de moralidad personal. Perry Miller y Thomas H. Johnson, “The Puritans”, en Gerald N Grob y George Athan Billias (eds.), *Interpretations of American History, Patterns and Perspectives*, Nueva York, The Free Press, 1992, vol 1, pp. 50-61.

⁴³ O. Paz, “Posiciones y contraposiciones...”, pp. 472-473.

⁴⁴ *Loc. cit.*

⁴⁵ Octavio Paz, “El espejo indiscreto”, en su libro *Obras completas vol. V (El peregrino en su patria. Historia y política de México)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 2014, p. 452.

EL DESTINO MANIFIESTO Y EL OMBLIGO DE LA LUNA

Los estadounidenses premian el arrojío; los mexicanos el recogimiento. Revelaciones de una realidad geográfica que los precede, como dijera Octavio Paz: “Unos y otros comenzamos por ser una proyección europea. Ellos de una isla y nosotros de una península [...] la excentricidad inglesa es insular y se caracteriza por el aislamiento: una excentricidad civilizaciones y pasados: una excentricidad por inclusión”.⁴⁶ En palabras de Josefina Zoraida: “A diferencia de los españoles que se adentraron en el territorio, los ingleses poblaron primero las costas. Pero la disponibilidad de grandes extensiones y la promesa de mejores tierras que ofrecieran una vida mejor se convirtió en una tentación constante de ir más allá, en su busca”.⁴⁷ No en vano pensaba Alfonso Reyes que “el simbolismo geográfico es una de las mayores fuerzas de la historia”.⁴⁸ Abierta por todas partes a la sugestión de las sirenas a las influencias turbadoras del mar, según Reyes, “la isla británica parece imagen del riesgo; más, por otra parte, Inglaterra ha creado un valor nuevo en la política: la conciencia insular”.⁴⁹ Como diría Lord Grey: “Su destino geográfico hace disfrutar a Inglaterra las ventajas de una autonomía congruente y sólida. Cuando Europa se debate en oscuras reacciones, bajo el aliento de Metternich, el ministro inglés puede sonreír ‘insularmente’”.⁵⁰ Estados Unidos hereda esta conciencia. Aun cuando estaba rodeado por otros grupos humanos, el país se pensaba en medio de un vasto continente donde exten-

⁴⁶ Octavio Paz, “Nobel Lecture: La búsqueda del presente”.

⁴⁷ J. Zoraida y L. Meyer, *op. cit.*, p. 17.

⁴⁸ Alfonso Reyes, “Inglaterra y la conciencia insular”, en *Obras completas de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, tomo IV, p. 577.

⁴⁹ *Loc. cit.*

⁵⁰ Cit. en *Ibid.*, p. 578.



der los brazos industriales sin límite. Su gran ventaja, pensaba Tocqueville, no consiste en haber hallado una constitución federal que les permita sostener grandes guerras sino en estar situados de tal modo para no temerlas. Cuando dejaron atrás las primeras etapas de desarrollo, la condición insular se tradujo en claves geopolíticas. La teoría de Alfred Mahan contemplaba a México y al Caribe dentro de su esfera de influencia.⁵¹ Hasta las condiciones climáticas parecen sonreírles: frente a la sensualidad desordenada de las selvas perfumadas sudamericanas, los homogéneos bosques de pinos arañados por riscos y bañados por océanos

⁵¹ Alfred T. Mahan, *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, Cambridge, John Wilson and Son, 1898, p. 8.

temerarios favorecen el trabajo industrioso.⁵² El Oeste parecía prometer siempre algo mejor que lo ya habitado y una vez que los hombres se habituaban a vivir en la soledad de los nuevos parajes, vendían sus posesiones a los recién llegados y partían tierra adentro, lo que sentó la pauta del expansionismo angloamericano.⁵³ Posesos por ese impulso expansionista, los estadounidenses compraron la Luisiana en 1803 y adquirieron la Florida y los derechos sobre el territorio septentrional de la costa del Pacífico, en el que actualmente están ubicados los estados de Oregón y Washington mediante la firma del Tratado Transcontinental. Esta primera fase estuvo fundamentalmente apoyada en la política de aislamiento internacional, que desde 1796 había enunciado Washington, en la búsqueda de una seguridad territorial y en el deseo Jeffersoniano de consolidar una democracia agraria. La búsqueda de mercados externos repercutiría en constantes confrontaciones con las potencias marítimas europeas, en particular Inglaterra y Francia, y eventualmente a la guerra con la primera, entre, 1812 y 1814. Estos intereses comerciales serían una de las causas fundamentales para la declaración del presidente Monroe en 1823. Columbia va llevando la antorcha civilización con postes eléctricos. El segundo impulso expansionista, en la década de 1840, se orientó fundamentalmente a la anexión de Texas en el Sur y a la ocupación del territorio de Oregón en el Noroeste, así como a extender el área territorial de los Estados Unidos hacia la costa del Pacífico. Desde sus inicios, los estadounidenses se consideraron heraldo del mundo cristiano. Como un corredor en relevos, su despegue en la pista de la historia universal va acompañado de una expansión global: lo que es para ellos, es para el mundo. Son la sociedad moderna *par excellence* que encarna los ideales ilustrados.

⁵² A. Tocqueville, *op. cit.* p. 21.

⁵³ J. Zoraida y L. Meyer, *op. cit.*, p. 17.

En palabras de José Enrique Rodó:

Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del *mechanic* de sus talleres y el *farmer* de sus campos, la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida como el desierto los primitivos puritanos.⁵⁴

Así, sostiene Alfaro, mientras los habitantes de México no sienten ninguna obligación autoimpuesta de conducir a las demás sociedades del planeta a las rectas virtudes de la “mexicanidad”, los estadounidenses consideran una parte esencial de su razón de ser, la misión de propagar los beneficios del *American way of life*.⁵⁵

Cuando no eran sino semillas de colonos desperdigados, los líderes estadounidenses ya se concebían depositarios del *novus ordo seclorum* fincado en la diplomacia ilustrada y el libre comercio.⁵⁶ “Go West Young Man!” exclaman los estadounidenses. “Tenochtitlán es el ombligo del mundo”, reviran los mexicanos. Federalistas unos; centralistas los segundos. Como pergeña, Alfaro señala que:

el lago del altiplano encerraba simbólicamente a la ciudad guerrera en un diálogo directo con el sol, horizonte circular vuelto sobre sí mismo. Su posición de eje cósmico era su fuerza, ella habría de ser su mayor debilidad [...] de la laguna permanecen apenas algunas reliquias espléndidas (Xochimilco), el resto son sólo cicatrices.⁵⁷

⁵⁴ José Enrique Rodó, *Ariel. Los motivos de Proteo*, Caracas, Ayacucho, 1976, p. 24.

⁵⁵ A. Alfaro, *op. cit.*

⁵⁶ Robert Kagan, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial* (trad. Moisés Ramírez Trapero), Madrid, Taurus, 2003, pp. 9-21; G. C. Herring, *op. cit.*, p. 3.

⁵⁷ Alfonso Alfaro, “Historia de dos miradas”, en *Artes México*, No. 39, 1997, Francia-México, imágenes compartidas.

Desde el nacimiento como nación, los estadounidenses compartieron la fe en el destino del país. Usan la palabra “imperio”, aunque resguarde una connotación diferente a la europea. Se trata de un “imperio de la libertad”, un collar de repúblicas independientes diseminadas por América del Norte. Desde la incursión en Canadá en 1775 hasta la invasión de Iraq en 2003, el Destino Manifiesto los llevaría a expandirse por todo el continente y aún más allá llevando la libertad mediante la fuerza.⁵⁸ Desde la “City Upon the Hill” del reverendo Winthrop hasta la política exterior de George W. Bush, los estadounidenses han seguido concibiéndose como los “elegidos” de la misión providencial; las “personas más morales y generosas sobre la faz de la tierra” en palabras de Ronald Reagan.⁵⁹ Emanado de su sentido de superioridad cultural, ostentan un desprecio hacia lo “bárbaros mediterráneos”, “piratas malayos”, “indolentes hispanicos” o “inescrutables vietnamenses, chinos y japoneses”.⁶⁰

LAS FÁBULAS DEL PRAGMATISMO Y LA RAZÓN POÉTICA

Empiristas son unos; románticos los otros. Hernán Cortés tenía la concepción del mundo del medievo, pero el arrojo del hombre renacentista. El impulso con el que los estadounidenses buscaron domeñar el mundo nuevo, los llevó a concebir la realidad en términos pragmáticos. Si la filosofía estadounidense tiene un sello distintivo es el pragmatismo.⁶¹ Es el verbo del espíritu inglés y Estados Unidos es la encarnación que difunde el Evangelio

de los milagros materiales. Herbert Spencer señalaba que el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos era una desbordada inquietud manifestada en la pasión infinita por el trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas.⁶² Rodó escribía que el estadounidense menospreciaba todo ejercicio del pensamiento que prescindiera de una inmediata finalidad. Desde su perspectiva, un desinteresado anhelo de verdad estaba ausente de la visión del mundo estadounidense. La investigación es el antecedente de la aplicación utilitaria.⁶³ Tocqueville remata: “No conozco otro país donde el amor al dinero se encuentre tan arraigado y donde exista un desprecio profundo por la teoría de la igualdad permanente en la propiedad”.⁶⁴ “En el principio, antes de la palabra, el acto” será la premisa filosófica que moverá a Dewey y James, hasta el pensamiento contemporáneo de George Herbert Mead o Richard Rorty. El pragmatismo es la continuación histórica del empirismo.⁶⁵ El hombre pragmático, dice James, se aparta de abstracciones e insuficiencias, de soluciones verbales y de falsas premisas *a priori*, de principios rígidos, de sistemas cerrados y de presuntos absolutos.⁶⁶ Se entrega a los brazos del carácter empírico: uno que recibe con un cielo abierto de posibilidades de posicionarse contra el dogma, lo artificial y las pretensiones de verdad absoluta.⁶⁷ Además del empirismo británico, en el pragmatismo estadounidense confluyen otros grandes ríos: la Ilustración y el Gran Despertar. Aunque importado desde Europa, el empirismo estuvo matizado por los colonos que lo dotaron

⁵⁸ G. C. Herring, *op. cit.*, p. 4.

⁵⁹ *Loc. cit.*

⁶⁰ *Ibid.*, 5.

⁶¹ Cheryl Misak, “The Reception of Early American Pragmatism”, en Cheryl Misak (ed.), *The Oxford Handbook of American Philosophy*, Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 197.

⁶² J. E. Rodó, *op. cit.*, p. 39.

⁶³ *Ibid.*, p. 41.

⁶⁴ A. Tocqueville, *op. cit.*, p. 51.

⁶⁵ William James, “2. Vorlesung: Was heißt Pragmatismus”, en William James, *Pragmatismus. Ein neuer Name für einige alte Denkweisen* (trad. K. Schubert y Axel Spree), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2001, p. 63.

⁶⁶ *Loc. cit.*

⁶⁷ *Ibid.*, p. 64.

de una personalidad propia, fruto de la experiencia americana. *Nihil in mente quod non prius in sensu*, la corriente filosófica inglesa mutó en un combativo naturalismo —promovido por Jefferson o Washington mediante los canales de la historia natural o la filosofía natural— que pretendía encumbrar el método científico, el verificacionismo y la idea de que el mundo sólo se revela por la experiencia. El Gran Despertar, por otro lado, fue un renacimiento religioso masivo de raigambre emocional, popular y anti-intelectual, estimulado por predicadores itinerantes. Estas corrientes estimularon el florecimiento de nuevas universidades y colegios, amén de dar sustento al movimiento de independencia de los Estados Unidos: la Ilustración sentó las bases conceptuales del movimiento; el Gran Despertar favoreció el contacto entre los habitantes de las colonias, a la vez que sembró el sentimiento de que “existían amenazas morales que debían conjurarse para alcanzar un estado espiritual más perfecto”.⁶⁸

En 1878, Peirce estableció el método básico del pragmatismo: descifrar el significado de los pensamientos mediante “hábitos de acción”.⁶⁹ Desde su bautizo, esta corriente filosófica marcó fronteras con el deductivismo medieval como método filosófico, pues depuró la resistencia medieval al estudio científico de la naturaleza. Los actos están delimitados por el mundo en el que vive el hombre y, mediante interacciones sociales, la acción origina conciencia, autoconciencia, mente y sociedad. Para Mead, los objetos físicos sólo se entienden en términos de lo que podemos hacer con ellos. En lugar de hilvanar conceptos en algún continente platónico de ideas, los pragmáticos los relacionan dentro del mundo en el que se desarrollan las acciones huma-

⁶⁸ J. Velasco Márquez, *op. cit.*

⁶⁹ C. S. Peirce, *Lectures on Pragmatism*, Hamburg, Felix Meiner, 1973, p. 6.

nas.⁷⁰ Las raíces filosóficas estadounidenses tomarán de Europa sólo aquello que puedan ordenar en cauces pragmáticos: la filosofía de Quine es, por ejemplo, la continuación del empirismo británico por otros medios y de los positivistas lógicos como Neurath, Schlick, Hahn, Frank o Carnap.

El suelo en el que enraíza la filosofía mexicana, por el contrario, está abonado de historicismo y esteticismo. Esto llevó al uruguayo Rodó a considerar que, en su sentido superior, la ética forma parte de la estética. José Vasconcelos reforzó el aspecto poético del conocimiento ubicando a esta última como la parte toral de la filosofía. En consecuencia, el filósofo debía proceder como un poeta: descubriendo aspectos de la realidad mediante la intuición. Desde la perspectiva vasconceliana, el método inductivo sólo arroja observaciones parciales. Proclamando la supremacía de las matemáticas, la mentalidad científicista se queda varada en el aspecto más superficial de las cosas.⁷¹ No exento de ironía, en su *Tratado Metafísico*, Vasconcelos equipara esta actitud con la de un jardinero que, frente al esplendor de un jardín de rosas, se dedica a contar arbustos. Mientras la ciencia analiza y fragmenta, el arte sintetiza y recompone. Ante la unidad abstracta de las matemáticas resplandece la “unidad en la variedad” de la música.⁷² En contraste con la lógica de lo abstracto, Vasconcelos hace votos por un discurso de imágenes concretas. Para Vasconcelos hay que defender estéticamente la nación. Sólo con base en la imaginación, la “fa-

⁷⁰ Cornelis De Waal, “A Pragmatist World View: George Herbert Mead’s Philosophy of the Act”, en Cheryl Misak (ed.), *The Oxford Handbook of American Philosophy*, Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 149.

⁷¹ John Haddox, “Personal Values in the Thought of Gabriel Marcel and José Vasconcelos”, en James McLachlan (ed.), *Philosophical and Religious Conceptions of the Person and their Implications for Ethical, Political, and Social Thought*, Problems in Contemporary Philosophy, Volume 52, Nueva York, The Edwin Mellen Press, 2002, p. 230.

⁷² *Loc. cit.*

cultad sintetizante de la mente” puede darnos contacto con un esquema fundamental de las cosas.⁷³ El barco analítico de muchos filósofos contemporáneos no arriba a los continentes ignotos de los grandes discursos holísticos; encalla en archipiélagos de verdades particulares. En la asepsia de laboratorios atestados de fórmulas y mediciones no emergerán grandes discursos; es en la acción heroica o santa donde la ética y la estética juntan sus aguas produciendo un marmágnum de belleza.⁷⁴ La cultura manierista y barroca novohispana se nutre de mitos. No extraña que estas dos concepciones hayan encontrado múltiples puntos de fricción. Vasconcelos es duro con Dewey, a quien concibe como alguien que “quisiera aniquilarnos la atención de lo grande para ponernos a inventar cada día la manera de anudar la corbata, la forma de asear la alcoba”.⁷⁵ Para el mexicano, el estadounidense estaba empeñado en hacer del niño un as del pragmatismo, aniquilando de esta forma la voluntad y la curiosidad. Vasconcelos idealiza la soledad, la meditación y la visión educadora de Sócrates en contraposición a la afición por el detalle y el horror por la espontaneidad.⁷⁶ En un arrebato poético, el pensador mexicano esculpe las diferencias en dos mármoles arquetípicos:

Imagínese el lector la suerte que habría corrido el mito griego si en vez de darnos la figura total del hijo de Ulises nos presentara, por obra de algún Defoe-Dewey, como ejemplo del saber, el hombre que aprende haciendo, algún explorador de África, Robinsón de la antigüedad que se había cosido por sí solo la piel de tigre al torso. A galeras lo hubiesen enviado los griegos, puesto que su ciencia

era activa. O al museo, por causa del traje pintoresco. Pero nunca a la Academia, ni como modelo. En la escuela reinaba ya Ulises, que, según la ocasión, constituía también su propio barco, pero en la mesa del banquete fascinaba por la claridad y la emoción de sus discursos.⁷⁷

Queda claro que, para Vasconcelos, el utilitarismo estadounidense entraña una amenaza para el espíritu cultural latinoamericano. Resulta meramente contingente que se trate de Estados Unidos y México. Las innovaciones culturales no deben “desnaturalizar el carácter de los pueblos y su genio personal, sacrificando la ‘originalidad irreemplazable de su espíritu’”.⁷⁸ Preocupa a Vasconcelos y a Rodó el avance del utilitarismo estadounidense, porque son conscientes de la proclividad de los pueblos hispanoamericanos a la imitación irreflexiva. Imitar es un sinsentido porque se trata de dos océanos históricos cuyas aguas se repelen entre sí: uno de grandes histrionismos históricos, marejadas de razón poética —en palabras de María Zambrano— y salpicado por las bioluminiscencias de lo mágico; el otro, caracterizado por el soberbio oleaje del pragmatismo que alimenta con fervor las costas del tecnicismo y la industrialización. Piénsese en la educación. En Estados Unidos, la difusión de la enseñanza ha fertilizado viveros de castas gobernantes o élites económicas, dejando desamparadas grandes llanuras del espectro social. El método inductivo derivado del pensamiento anglosajón de Bacon, encuentra su realización en la universidad estadounidense donde institutos acéfalos, aptos para la investigación del detalle, se

⁷³ *Ibid.*, p. 232.

⁷⁴ J. Haddox, *op. cit.*, p. 233.

⁷⁵ José Vasconcelos, *De Robinsón a Odiseo. Pedagogía estructuralista*, Monterrey, Senado de la República, 2002, p. 23.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷⁷ *Ibid.*, 46.

⁷⁸ Marga Graf, “En marcha a la sociedad moderna latinoamericana. Los cuatro aspectos del americanismo de Rodó”, en Ottmar Ette y Titus Heydenreich (comp.), *José Enrique Rodó y su tiempo. Cien años de Ariel*, 12º Coloquio interdisciplinario de la Sección Latinoamérica del Instituto Central para Estudios Regionales de la Universidad der Erlangen-Nürnberg, Fráncfort, Verwuert, 2000, p. 146.

justifican por los inventos que manan de sus laboratorios.⁷⁹ En México, por el contrario, se ha intentado acercar la educación a todos para dar lugar a una sociedad más igualitaria, aun cuando las diferencias económicas sigan siendo un ancla. Vasconcelos tenía claro que la universidad debía distinguirse por la unidad en la dirección espiritual. Frente a la metodología extranjera que enseña la química informando al alumno de todos los usos industriales del hidrógeno —obviando la teoría general—, se debe conservar un modelo que inicie con la enseñanza del lugar que ocupa la especialidad en el cuadro general de los conocimientos humanos.⁸⁰ Al final, como asegura Vasconcelos, “en una isla desierta, sobrevivirá el que domine la teoría, no el que sabe usar solamente el tenedor”.⁸¹ La obsesión es latinoamericana y la define José Enrique Rodó en *Ariel*. La tarea del hombre de letras es también heroica, en pugna con el conformismo, la manía empirista, el ídolo de la ciencia.

INDIVIDUALISMOS Y COMUNITARISMOS

Ni la sociedad mexicana ni la estadounidense conciben de la misma forma el individualismo o el comunitarismo. Ambas realidades son paradójicas. Por un lado, los estadounidenses profesan una confianza ciega en el individualismo heredada del puritanismo, mientras que los mexicanos hicieron suya la tradición hispánica del Concilio de Trento.⁸² Por otro, contrasta la incapacidad de grandes sectores de la población mexicana para conformar un discurso común con el sentido de pertenencia republicano estadounidense, que se empezó a observar desde la quema de brujas en Massa-

chusetts hasta los debates de la pena de muerte (el ostracismo y la expulsión del grupo social como rasgos fuertemente comunitarios). La escuela política de Estados Unidos suma las inteligencias individuales a la gran máquina social. Unidos por una misma aspiración de lo que debe ser la sociedad, viajeros de un impulso sociopolítico que funge como rasgo primordial de identidad, Estados Unidos es lo suficientemente maleable para la inclusión de divergencias culturales y para la manifestación de individualidades identitarias.⁸³ Las aportaciones de los migrantes mexicanos se sitúan en este marco: azulejos que enriquecen un mosaico de las diversidades, como lo serían la Little Odessa o el barrio chino de Nueva York.⁸⁴

Ahoga el peso de la sociedad en América Latina y, en Estados Unidos, los destinos individuales pueden ser desoladores.⁸⁵ Los personajes de Scott Fitzgerald sufren por la lógica pecuniaria que rige el nomos social; los de Juan Rulfo reflejan, en gran medida, la realidad de las sociedades hispanoamericanas, completamente estratificadas desde genera-

⁷⁹ Alfonso Alfaro, “Miradas de perfil”...

⁸⁰ *Loc. cit.*

⁸¹ Si se observa con atención, se percibe una actitud hacia la violencia divergente. Según el Estudio Global de Homicidios 2013 de Naciones Unidas, Centroamérica es una de las regiones más violentas del planeta. Según el informe, el “Triángulo Norte de Centroamérica” es la subregión más violenta del mundo después de Suráfrica, con Honduras como el país más violento del mundo (con 91,4 homicidios por cada 100.000 habitantes). La lógica comunitaria se expresa en dos formas perniciosas: en la normalización del homicidio y en la capacidad de asociación de los grupos criminales. En Estados Unidos, por el contrario, la lógica individualista permite que se ejerza una suerte de ostracismo contra los homicidas, a quienes se ordena en marcos de irracionalidad o locura, como sucedió con Seung-Hui Cho, quien disparó a 49 personas en el Instituto Politécnico de Virginia; con Eric Harris y Dylan Klebold en Columbine; con los disparos de James en el McDonalds de San Ysidro; con el veterano de la Segunda Guerra Mundial, Howard Unruh Barton, que disparó a mansalva en Nueva Jersey o con James Holmes en la proyección de Batman: El caballero de la noche en las salas cinematográficas de Aurora, Colorado. Véase UNODC, *Global Study on Homicide 2013. Trends, Contexts, Data*, United Nations Office on Drugs and Crime, Viena, marzo de 2014.

⁷⁹ J. Vasconcelos, *De Robinson a Odiseo...*, p. 189-190.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 190.

⁸¹ *Loc. cit.*

⁸² *Ibid.*, p. 250.

ciones atrás, cuidan celosamente la aldaba y añejan en barricadas apellidos, genealogías familiares de alcurnia. En Estados Unidos no existen familias aristocráticas, cortes, reyes, obispos, hegemonía eclesiástica... Esta situación no la trajeron los españoles consigo, pues ya en vastas zonas del territorio precolumbino abundaba una segmentación social con *pipiltin*, *macehualtin*, calpules, derechos colectivos, linajes reinantes y una movilidad social garantizada por hazañas militares. Eso sí, la tradición mexicana tiene un largo historial de aprecio por el espacio público: centros ceremoniales prehispánicos, atrios, paseos dominicales, procesiones, visitas a iglesias... todo esto ha quedado en parte negado por la orientación del urbanismo estadounidense, programa esencialmente ajeno a lo propio de esta región. Por su parte, los inmigrantes anglosajones suavizaron las jerarquías sociales pasadas por el tamiz de la “experiencia norteamericana”.⁸⁶

Otra diferencia estriba en los esfuerzos por la unidad nacional. México siempre ha destacado en este rubro por su afán de integrar a las comunidades indígenas (aunque ciertamente lesionado en su credibilidad por el discurso discriminador de la modernidad). En las antípodas de las políticas de sistemas de reservación para las poblaciones indígenas y la pedagogía individualista, las instituciones mexicanas se han esmerado, desde la Conquista, en la integración de los grupos sociales en un mismo *corpus* mediante religión o idioma. En palabras de Vasconcelos: “Frente a esa presunción de ciencia falsa, el viejo sistema cristiano español decidió reunir en la misma cátedra al indio, al negro y al blanco”.⁸⁷ Pese a esto, México es un espacio que alberga en su seno diferentes proyectos de lo que debe

ser una sociedad, distintos sueños, esperanzas divergentes.

EL PANAMERICANISMO DE LA DOCTRINA MONROE Y EL ESCUDO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

En sus inicios, los estadounidenses apelaron al derecho internacional y a la negociación antes de iniciar conflictos bélicos.⁸⁸ Fueron, por momentos, los mejores abogados del libre comercio, área en la que sí podían competir con igualdad. Vuelto potencia, sus métodos cambiaron. Desde entonces, la tendencia ha sido magnificar las injusticias cometidas contra su pueblo, pero minimizar los parapetos, cañones y ejércitos que envían a otras partes del mundo, un doble rasero que se hace visible en la relación con América Latina. De ahí se infiere que la relación cultural no nació, pues, bajo los mejores auspicios; fue marcada desde su origen por una frustración y por el trauma de una guerra que ninguna de las dos memorias nacionales ha logrado asimilar: la del norte, porque la agresión no se inserta libre de complicaciones en sus parámetros éticos y en su visión de la historia; la del sur por su incapacidad para superar el duelo y reafirmar sus aspiraciones en el tablero internacional.⁸⁹ Conforme el siglo XIX avanzó, la política exterior de Estados Unidos se bifurcó: si era necesario, no dudaron en llevar a cabo una política de intervención unilateral o, si era posible, utilizaban la diplomacia multilateral del panamericanismo.

A diferencia de los intentos de Simón Bolívar, el panamericanismo estadounidense es intervencionismo disfrazado de legalidad: en el Corolario Roosevelt, se arrogaron una especie de derecho de intervención en el caso de desórdenes financieros, de disturbios in-

⁸⁶ J. Zoraida y L. Meyer, *op. cit.*, p. 18.

⁸⁷ J. Vasconcelos, *De Robinson a Odiseo...*, p. 138.

⁸⁸ *Loc. cit.*

⁸⁹ A. Alfaro, “Miradas de perfil...”.

«...Habitados a alimentar al sol con sangre, los pueblos prehispánicos jamás pudieron presagiar las dimensiones del cataclismo que representaría la llegada de los españoles...»

teriores o de incapacidad para pagar deudas contraídas a escala internacional. Derecho internacional como “arma de los débiles”, Estrada, Carranza, Calvo o Drago enunciaron doctrinas pensadas para, cuando menos, deslegitimar las estridentes avanzadas de los *marines*. Este modelo alternativo está desligado de un programa jurídico o programático y —al decir de Alfonso Reyes— se instrumenta en una “realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como un alma”.⁹⁰ En este sentido, se inscribe en la línea de pensadores como Andrés Bello, Echeverría, Sarmiento, Bilbao, Montalvo y Martí, quienes, sin ignorar el ámbito de una cultura universal de clara vocación occidental y, más concretamente latina, fundaron la idea de una especificidad americana capaz de superar los restrictivos nacionalismos, con un sentido proyectivo de una América

⁹⁰ Cit. por Fernando Ainsa “Ariel, una lectura para el año 2000”, en Ottmar Ette y Titus Heydenreich (comp.), *José Enrique Rodó y su tiempo. Cien años de Ariel*, 12º Coloquio interdisciplinario de la Sección Latinoamérica del Instituto Central para Estudios Regionales de la Universidad der Erlangen-Nürnberg, Fráncfort, Verwuert, 2000, p. 54.

unida como “magna patria indivisible”.⁹¹ Esta suerte de “americanismo cultural” ligado a la esfera de lo estético, se considera un intento de relación superior a la propuesta pragmática estadounidense de cálculos geopolíticos. Al momento de diseñar el modelo de la Universidad, Vasconcelos enarbolaba la posición de la integración cultural de Iberoamérica: “En el escudo, el águila representa a nuestro México legendario, y el cóndor recuerda la epopeya colectiva de los pueblos hermanos del continente”.⁹²

COLOFÓN

Habitados a alimentar al sol con sangre, los pueblos prehispánicos jamás pudieron presagiar las dimensiones del cataclismo que representaría la llegada de los españoles. Tampoco Washington fue capaz de advertir la dimensión de su proeza. Encontrar una relación similar a la de México con Estados Unidos es imposible, incluso en términos históricos. Ya sea por cercanía geográfica, por la diferencia de economía y de poder militar, por la historia que los une, lo cierto es que la relación es poco común y difícilmente comparable. Ambos comparten una trayectoria plagada de desencuentros y desavenencias. Es tarea de la filosofía política identificar las causas. Éstas provienen de una serie de condicionantes sociopolíticos e históricos que vuelven a los actores de la trama completos desconocidos, por lo que a su visión del mundo y tradiciones respecta. Es obligación conocer las raíces antes de importar recetas para situaciones problemáticas actuales.

La cartografía ensayada en estas páginas dista mucho de ser exhaustiva y el rompecabezas aún tiene muchas piezas faltantes. No ha

⁹¹ *Loc. cit.*

⁹² José Vasconcelos, “Los motivos del escudo”, p. 77.

sido aspiración de este escrito algo más que la señalización de grandes directrices. Quien pretenda entender los derroteros que tomó la filosofía política en ambos lados del río Bravo, debe empezar por considerar los diques que alteraron el estiaje de ambas tradiciones. Ni Dewey o Pierce escriben en el vacío; mucho menos lo hacen Vasconcelos, Rodó o la filosofía contemporánea de Rorty o Dussel. Por

último, sólo cabría preguntar si, ante este escenario, es posible encontrar rutas de cooperación más provechosas. El tema, por sí sólo llevaría otra docena de páginas. Debe decirse, no obstante que, éstas, cuando existentes, deberían partir del reconocimiento propio antes de la imitación pues no hay peligro más grande para un proyecto nacional que la imitación sin reflexión.

Reikiavik, 19 de septiembre de 2014.

REFERENCIAS

Ainsa, Fernando, "Ariel, una lectura para el año 2000", en Ottmar Ette y Titus Heydenreich (comp.), *José Enrique Rodó y su tiempo. Cien años de Ariel*, 12º Coloquio interdisciplinario de la Sección Latinoamérica del Instituto Central para Estudios Regionales de la Universidad der Erlangen-Nürnberg, Fráncfort, Verwuert, 2000, pp. 41-58.

Alcaraz, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Siglo XXI, fasc., 1848, p. 39.

Alfaro, Alfonso, "Miradas de perfil. Encuentros y desencuentros culturales entre México y Estados Unidos", en Olga Pellicer y Rafael Fernández de Castro (coords.), *México y Estados Unidos; las rutas de la cooperación*, México, ITAM/Instituto Matías Romero, 1998, pp. 245-285.

Alfaro, Alfonso, "Historia de dos miradas", en *Artes México*, núm. 39, 1997, Francia-México, imágenes compartidas.

Armillas, José Antonio, "La América anglosajona", en Juan B. Amores Carredano (coord.), *Historia de América*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 911-959.

Bernal, Ignacio, "Formación y desarrollo de Mesoamérica", en Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, pp. 129-152.

Bernecker, Walther L., "Las relaciones comerciales germano-mexicanas en el siglo XIX", en León E. Bieber (coord.), *Las relaciones germano-mexicanas. Desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente*, México, El Colegio de México/DAAD/UNAM, 2001, pp. 91-130.

Brenner, Anita, "El mesías mexicano", en Roger Bartra, *Anatomía del mexicano*, México, Debolsillo, 3ª ed., 2007, pp. 75-93.

Carrasco, Pedro, "Cultura y sociedad en el México antiguo", en Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, pp. 153-234.

Carrión, Jorge, *Mito y magia del mexicano*, Ensayos sobre el mexicano, México, Nuestro tiempo, 1970.

Cédula Real de Jacobo I a la Compañía de Virginia, 10 de abril de 1606, en Angela Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez (eds.), *EUA. Documentos de su Historia Política I*, México, Instituto Mora, 1988, vol. 1, pp. 22-24.

De Waal, Cornelis, "A Pragmatist World View: George Herbert Mead's Philosophy of the Act", en Cheryl Misak (ed.), *The Oxford Handbook of American Philosophy*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 144-168.

Graf, Marga, "En marcha a la sociedad moderna latinoamericana. Los cuatro aspectos del americanismo de Rodó", en Ottmar Ette y Titus Heydenreich (comp.), *José Enrique Rodó y su tiempo. Cien años de Ariel*, 12º Coloquio interdisciplinario de la Sección Latinoamérica del Instituto Central para Estudios Regionales de la Universidad der Erlangen-Nürnberg, Fráncfort, Verwuert, 2000, pp. 141-152.

Habermas, Jürgen, "... And to Define America, Her Athletic Democracy': The Philosopher and the Language Shaper; In Memory of Richard Rorty, *New Literary History*, vol. 39, núm. 1, Remembering Richard Rorty, 2008, pp. 3-12.

Haddox, John, "Personal Values in the Thought of Gabriel Marcel and José Vasconcelos", en James McLachlan (ed.), *Philosophical and Religious Conceptions of the Person and their Implications for Ethical, Political, and Social Thought*, Problems in Contemporary Philosophy, Volume 52, Nueva York, The Edwin Mellen Press, 2002, pp. 229-237.

Herring, George C., *From Colony to Superpower: U.S Foreign Relations Since 1776*, Nueva York, Oxford University Press, 2008.

James, William, "2. Vorlesung: Was heißt Pragmatismus", William James, *Pragmatismus. Ein neuer Name für einige alte Denkweisen* (trad. K. Schubert y Axel Spree), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2001, pp. 60-78.

Kagan, Robert, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial* (trad. Moisés Ramírez Trapero), Madrid, Taurus, 2003.

Köhler, Ulrich, "Aportes alemanes a la investigación arqueológica, etnohistórica y etnológica en México", León E. Bieber (coord.), *Las relaciones germano-mexicanas. Desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente*, México, El Colegio de México/DAAD/UNAM, 2001, pp. 193-207.

Madison, James, "The Federalist No. 51", en Jack N. Rakove (ed.), *James Madison Writings*, Nueva York, Library Classic of the United States, 1999, pp. 294-298.

Manrique, Jorge Alberto, "Del barroco a la Ilustración", en Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, pp. 431-488.

- Mahan, Alfred T., *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, Cambridge, John Wilson and Son, 1898.
- Miller, Perry y Thomas H. Johnson, “The Puritans”, en Gerald N. Grob y George Athan Billias (eds.), *Interpretations of American History, Patterns and Perspectives*, Nueva York, The Free Press, 1992, vol 1, pp. 50-61.
- Misak, Cheryl, “The Reception of Early American Pragmatism”, en Cheryl Misak (ed.), *The Oxford Handbook of American Philosophy*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 197-223.
- Münkler, Herfried, *Die Deutschen und ihre Mythen*, Berlin, Rowohlt, 3a ed., 2009.
- Paz, Octavio, “Nobel Lecture: La búsqueda del presente”, Estocolmo, 8 de diciembre de 1990 (discurso), http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1990/paz-lecture-s.html.
- Paz, Octavio, “El espejo indiscreto”, *Obras completas vol. V (El peregrino en su patria. Historia y política de México)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 2014, pp. 445-461.
- Paz, Octavio, “Posiciones y contraposiciones: México y Estados Unidos”, *Obras completas vol. V (El peregrino en su patria. Historia y política de México)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 2014, pp. 462-479.
- Peirce, C. S., *Lectures on Pragmatism*, Hamburg, Felix Meiner, 1973.
- Poinsett, Joel Robert a Martin van Buren, “El precio del dominio español”, en Krystyna M. Libura, et al. (eds.), *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Ediciones Tecolote, 2004, p. 169.
- Revueltas, José, “Posibilidades y limitaciones del mexicano”, en Roger Bartra, *Anatomía del mexicano*, México, Debolsillo, 3ª ed., 2007, pp. 215-234.
- Reyes, Alfonso, “México en una cáscara de nuez”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, Letras mexicanas, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, tomo ix, pp. 42-49.
- Reyes, Alfonso, “Inglaterra y la conciencia insular”, *Obras completas de Alfonso Reyes*. Letras mexicanas, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, tomo iv, pp. 577-579.
- Rodó, José Enrique, *Ariel. Los motivos de Proteo*, Caracas, Ayacucho, 1976.
- Tocqueville, Alexis, *Democracy in America*, Nueva York, Alfred Knopf, 4ta reimpr., 1948.
- Trierweiler, Denis, “Georges Sorel y Carl Schmitt: de una teoría política del mito a la otra” (trad. E. Consigli), en Yves Charles Zarka (coord.), *Carl Schmitt o el mito de lo político*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2010, pp. 13-36.
- Vasconcelos, José, *De Robinson a Odiseo. Pedagogía estructuralista*, Monterrey, Senado de la República, 2002.
- Vasconcelos, José, “Los motivos del escudo”, en Christopher Domínguez Michael (ed.), *José Vasconcelos, Obra Selecta*, Caracas, Ayacucho, 1992, pp. 74-79.

Velasco Márquez Jesús, “Visión Panorámica de la Historia de los Estados Unidos”, en Rafael Fernández de Castro y Claudia Franco Hijuelos (ed), *¿Qué son los Estados Unidos?*, México, ITAM-McGraw Hill, 1996.

Williams, Roger, “Proclama sobre la Libertad de Conciencia y la Separación de la Iglesia y el Estado (1644)”, en Angela Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez (eds.), *EUA. Documentos de su Historia Política I*, México, Instituto Mora, 1988, vol. 1, pp. 75-77.

Zoraida Vázquez, Josefina y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed., 3ª reimpr., 2006.

Zoraida Vázquez, Josefina, “Los primeros tropiezos”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 9ª reimpr., 2000, pp. 525-582.